



El Machorro.

La Columna Tierra y Libertad en la Sierra de Cuenca.

Este año se cumplen 70 del fin de la Guerra Civil y para bien y para mal es un tema ya lejano. Las nuevas generaciones prácticamente desconocen que hace 7 decenios sus abuelos estaban matándose mutuamente. La amnesia colectiva es absoluta. Aún así voy a intentar explicar cómo influyó la guerra en un remoto pueblo de la sierra, y cómo fuerzas desatadas muy lejos de Masegosa marcaron la vida de los masegoseños, siendo las más de las veces arrastrados a participar en aquella terrible contienda, más que a participar activamente por propia voluntad.

En primer lugar quiero comentar algo sobre el título que he escogido. No es un recuerdo de la película de la Ken Loech sobre la guerra civil, sino algo mucho más directo y que poca gente sabe, y es que los milicianos que llegaron a Masegosa al comienzo de la guerra fueron de la célebre columna anarquista Tierra y Libertad.

Hay muy pocas referencias de Masegosa y nuestra zona de la Sierra en los hechos de la guerra civil, afortunadamente fue un frente secundario e inactivo, con poco valor estratégico, carente de abundantes recursos, y con un relieve montañoso que hacía difícil cual-

quier ofensiva, tanto para un bando cómo para el otro. El Tajo se convirtió en una frontera natural que ningún bando se planteó rebasar.

Como documentación he consultado el libro «Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista», de Cipriano Mera, que mandó las milicias anarquistas por nuestra zona y el centro de España, y por el otro bando «Por las rochas del Tajo», del requeté de Peralejos de las Truchas José Sanz y Díaz. El primero es un relato más o menos equilibrado. Por ejemplo, reconoce abiertamente que por estos pueblos se simpatizaba más con la causa de los facciosos que con la del gobierno republicano y aporta bastantes datos. El relato de nuestro vecino de Peralejos es muy fantasioso y propagandístico, el enfrentamiento de Peralejos lo transforma en una grandiosa batalla, y no tiene ningún reparo en decir que vio al Suboficial de la Guardia Civil Don Juan Miravet matar a 8 rojos de 10 tiros, así, como si fuese tiro al pichón, o una película del Oeste o del Vietnam en la que el «Bueno» se carga a todos los malos y sin despeinarse; cuando no hubo más que dos bajas en el bando republicano, y supongo que un simple intercambio de disparos sin arriesgar demasiado ni unos ni otros.

Cuenca al comienzo de la guerra.

Vamos a comenzar explicando brevemente la situación de la provincia de Cuenca en los días posteriores a la sublevación militar. Cuenca era una provincia con poca presencia obrera y sindical, especialmente en las zonas rurales como la nuestra, nula podríamos decir. Los 300 hombres de la Guardia Civil eran la única fuerza organizada que podía decantar la situación de un bando o de otro. Fueron concentrados en la capital, y se limitaron a esperar. Muchos de ellos, sobre todo los mandos simpatizaban más con los rebeldes que con el gobierno republicano, pero tomar una decisión era complicado, la vida estaba en juego. La Guardia Civil de Albacete se había sublevado y fracasaron: todos fueron fusilados. La proximidad de Madrid y Guadalajara donde la rebelión había sido sofocada hacía pensar que de sublevarse les podría pasar lo mismo. Esta situación de duda fue aprovechada por Cipriano Mera para plantarse en Cuenca con 150 milicianos el 28 de julio, y «marcarse» un farol. Le exigió al Gobernador Civil que pusiera a disposición del Gobierno de la república a la Guardia Civil y marchasen inmediatamente a Madrid, de no hacerlo la fuerza miliciana de 1.000 hombres y abundante artillería que traía consigo atacarían inmediatamente. En realidad sus fuerzas eran

la mitad que las de la Guardia Civil, y pobremente armadas. Tras unos momentos de duda la Guardia Civil entregó las armas y accedió a embarcar en tren hacia Madrid. De este modo tan sencillo Cuenca pasó a ser una provincia afecta a la causa republicana. Madrid dispondría de una retaguardia segura.

En los días posteriores Cipriano Mera y parte de sus hombres estuvieron recorriendo los pueblos de la sierra, comprobando que aunque la causa republicana no tenía muchos partidarios tampoco era probable una sublevación a favor de los rebeldes. Visto esto retornaron a Madrid el 30 de julio.

Saqueo y destrucción de iglesias.

Poco pasó en los pueblos de nuestra comarca en esos primeros días de la guerra, pero el ambiente se fue calentado a partir de finales de agosto, supongo que con la llegada y establecimiento de las milicias anarquistas en nuestros pueblos. Así el 20 de agosto se cita que la Iglesia de Beteta sufrió destrozos. Las Iglesias de todos los pueblos empezaron a ser saqueadas y no en las mismas fechas. En Masegosa en concreto la fecha de saqueo de la Iglesia que figura en los archivos de la «Causa general» es el 1 de octubre del 36. No se identifican las fuerzas milicianas autoras del saqueo, aunque en Beteta, Cueva del Hierro y Valtablado de Beteta se menciona a



Vista de Peralejos de las Truchas desde el Machorro.

la Columna Tierra y Libertad. Es muy posible que se tratase de la misma Columna, aunque pudiera haber fuerzas de otras columnas anarquistas. La situación era bastante caótica y cada cual iba donde le parecía. Tal vez el robo del ganado que estaba en la sierra y Belvalle por parte de las fuerzas franquistas desde Perplejos acentuase estas represalias contra las Iglesias.

La destrucción de nuestras Iglesias fue un desastre que nos privó de un patrimonio heredado de nuestros antepasados, nuestra historia desapareció de modo irreversible. No conservamos ninguna fotografía ni dibujo del retablo y las imágenes destruidas. Tal vez la imagen de la Malena que bajaron nuestros antepasados de Durón y que había sobrevivido durante siglos a penurias y calamidades se perdió en este momento. Como dijo un poeta: «El fruto de la guerra civil es siempre estéril».

Escaramuzas en los Montes Universales.

El día 15 de octubre, ante la amenaza del avance del ejército de África que se dirigía a tomar Madrid, salen de la capital las milicias anarquistas al mando del Teniente Coronel Del Rosal con objeto de impedirlo. Sin embargo en Tarancón se produce un cambio de planes, y en vez de continuar hacia el sur con objeto de frenar al enemigo que avanzaba desde Toledo, se decide ir al norte, a la sierra, y desde allí atacar la zona de Albarracín y así amenazar Teruel. Se decidió que el ataque comenzaría el día 20 de octubre. De este modo la guerra se aproximaba a nuestra comarca. El cambio de planes demuestra la improvisación que existía en la zona republicana y no hacía presagiar nada bueno.

Las fuerzas eran las siguientes:

- Batallón Mora, 650 efectivos

La Columna Tierra y Libertad en la Sierra de Cuenca

- Batallón Ferrer, 600
- Batallón Orobón Fernández, 600
- Batallón Juvenil Libertario, 650
- Columna Tierra y Libertad, 8 centurias (unos 800 milicianos catalanes y valencianos que lucharon en el Centro)

Los cuatro primeros batallones llevarían a cabo el ataque por los Montes Universales, saliendo desde Tragacete. La Columna Tierra y Libertad se situaría en el flanco izquierdo, cubriendo la zona de Beteta a Zahorejas. El Puesto de mando se situó en el Hotel Iberia, en Cuenca, demasiado lejos.

El día 21 de octubre se ocuparon los pueblos de Guadalaviar, Griegos y Villar del Cobo, pobremente defendidas por «escopeteros», además los anarquistas entraron haciéndose pasar por facciosos y al grito de «Viva España», hecho que también recoge en su libro el requeté de Peralejos; ah, y también dice textualmente que los anarquistas «llevaban guías de los pueblos del contorno, gente vengativa y amoral, entre los que los declarantes reconocieron a sujetos pésimos de Tragacete, Masegosa, Uña, Majadas, La Vega, Laguna Seca y de Orea mismo». A los de Tragacete, aún les obsequia con una lindeza más: «mal lugar y peor gente».

Para el 22 se decidió continuar el avance y ocupar la carretera de Albarracín a Tramacastilla, para lo cual se dispuso de dos coches blindados y una batería de artillería del 7,5 de la Columna Tierra y Libertad. Aquí surgió el primer problema, el jefe de este sector, el coronel Eixea, se negó a dejarles pasar y mucho menos a darles apoyo, argumentado que él dependía del Ejército de Levante y no había recibido ordenes del mando, además de que «este era un frente tranquilo y con sus operaciones el enemigo atacaría y ya puedes imaginar el jaleo...». En un ejército organizado este Coronel hubiera sido detenido inmediatamente y sometido a consejo de guerra. A pesar de ello las columnas anarquistas avanzaron, ocuparon la carretera y aseguraron las alturas de Griegos,

guardando las comunicaciones con Bronchales, y Villar del Cobo. En Tramacastilla quedó la reserva y los dos coches blindados.

El 25 los Batallones «Mora» y «Ferrer» apoyados con una batería del 7,5 atacaron Albarracín; lograron tomarlo, pero los franquistas resistieron en la catedral.

El 26 vino el contraataque franquista, en toda la zona ocupada por los republicanos. Los requetés de Molina y dos banderas del Tercio procedentes de Teruel, más algunos moros, hicieron retroceder a los batallones anarcosindicalistas. En Albarracín el batallón «Mora» aguantó el ataque, pero el «Ferrer» que había abandonado sus posiciones en las alturas y ocupado el pueblo sufrió numerosas bajas. Para escapar los milicianos se tiraron al río Guadalaviar y dos se ahogaron.

En Griegos los requetés del Tercio de Numancia, entre los cuales se encontraba José Sanz y Díaz, obligaron a replegarse a los milicianos. Según cuenta, bastaron unas descargas de fusilería para que abandonaran el pueblo. Aún así dice que «como eran las dos de la tarde y bajar a Griegos no era prudente, tanto más que de un momento a otro llegarían refuerzos desde Guadalaviar, volvimos alegremente a los camiones. Después, para entretener el apetito en tanto llegábamos a Orea, la tropa dirigida por nuestro Capellán, don Demetrio Gómez Aguilar, empezó a cantar:

Cálzame las alpargatas
Dame la boina
Trae el fusil
Que voy a matar más rojos
Que flores tiene
Mayo y abril».

La ocupación de Peralejos de las Truchas. Trincheras en El Machorro.

Mientras tanto la Columna Tierra y Libertad había ocupado los altos de Belvalle, aunque decidió por su cuenta y riesgo ocupar Peralejos, que estaba pobremente defendida por escopeteros. Según Cipriano Mera fue el

La Columna Tierra y Libertad en la Sierra de Cuenca



Las agretes rochas del Tajo.

26 de octubre, aunque José Sanz dice que fue el 31 de octubre. El contraataque de las fuerzas franquistas, que estaban a 40 minutos en camión, fue inmediato mientras que para aprovisionarse Tierra y Libertad necesitaba un día a lomos de caballerías desde su base de Beteta. El combate duró hasta las siete de la tarde. Los requetés de Molina recibieron orden de retirarse a su base. José Sanz se lamenta de que si hubieran permanecido allí y avanzando por la noche para ocupar el Puente del Martinete hubieran copado a la Columna Tierra y Libertad, pues cuando al amanecer volvieron a Peralejos se encontraron que los milicianos habían huido. Estaba en lo cierto, de haber sido un poco más audaz el mando franquista la Columna Tierra y Libertad hubiera desaparecido en Peralejos. Aunque para entender la cautela del mando franquista hay que decir que eran por los

menos la mitad de hombres, y que para hacer esa maniobra envolvente hubieran necesitado más refuerzos.

Cipriano Mera le recriminó al delegado de la Columna Tierra y Libertad, Germinal de Sousa, haber iniciado el ataque sin su consentimiento, y que su Columna estaba haciendo requisas en los pueblos e imponiendo multas a personas de derechas sin autorización del mando.

Las relaciones entre Mera y Germinal nunca fueron buenas, y Tierra y Libertad se negó a depender de las Milicias del Centro, conservando su pertenencia a las Milicias de la Generalidad de Cataluña, aunque se quejaban de no recibir los haberes de 10 pesetas diarias que sí recibían los de las Milicias del Centro. El ataque a Madrid por parte del Ejército de África hizo que el mando republicano solicitase que todas las fuerzas disponi-

La Columna Tierra y Libertad en la Sierra de Cuenca

bles acudiesen a salvar la capital. Así pues Cipriano Mera el 7 de noviembre pidió 1000 voluntarios dispuestos a «morir en Madrid». El día 9 entraron en combate en la Casa de Campo, perdiendo 350 hombres el primer día de batalla; para el 13 sólo quedaban 400. Los milicianos de la república sufrieron enormes pérdidas ante el Ejército profesional de moros y legionarios, pero consiguieron evitar la caída de Madrid.

Los efectivos de la Columna Tierra y Libertad que permanecieron en nuestra comarca cavaron trincheras y parapetos en las alturas del Machorro y resto de Belvalle (que aún son visibles) y ya no hubo más combates en nuestra parte de la Sierra.

Más adelante la Columna Tierra y Libertad fue destinada al frente de Teruel y otras unidades fueron pasando por nuestra zona de frente, llevando un vida relajada pues fue una zona tranquila durante el resto de la guerra. El destino hizo que el Tercio Doña María de Molina y la Columna Tierra y Libertad volvieran a encontrarse frente a frente en agosto del 37 en la batalla de Belchite, y el enfrentamiento nada tuvo que ver con la escaramuza de Peralejos de las Truchas, ahora era una batalla en toda regla, con un ejército republicano equipado con artillería, tanques y aviones. Esta vez los republicanos eran los cazadores y los franquistas las presas. La Columna Tierra y Libertad había sido militarizada, y era ahora la Brigada Mixta 153, dejó atrás su romántico nombre, y ostentaba un anónimo número. Había mejorado el armamento y sus mandos, más curtidos y profesionales. El Tercio Doña María de Molina defendió tenazmente el frente de Belchite, pero sufrió enormes bajas. Al final Belchite fue tomado por los republicanos, fue el momento de gloria de la antigua columna Tierra y Libertad. A partir de ahora la BM 153 ya no cosecharía más que derrotas. Sufrió la embestida directa de las tropas franquistas en la ofensiva de Aragón de marzo del 38 y fue retrocediendo muy mermada hacia Cataluña. Su último rastro se

pierde en Vic durante la ofensiva de Cataluña. La unidad se unió a la desbandada del Ejército Republicano, la famosa «Retirada», y acabó cruzando los Pirineos camino del exilio.

Después de la batalla de Belchite los restos del Tercio Doña María de Molina retornaron a su base de Molina de Aragón a reorganizarse. El fin de la guerra les sorprendió en el frente de El Toro en Castellón.

Al final de la guerra, en los últimos días de marzo, las fuerzas republicanas atrincheradas en las rochas del Tajo y demás zonas de nuestra sierra, abandonan las posiciones y emprenden una retirada sin saber muy bien a donde, topando con el ejército franquista a la altura de Húelamo, donde se entregan sin oponer resistencia.

El recuerdo del paisaje.

A menudo me he preguntado qué recuerdo guardaron aquellos milicianos de su estancia en los pueblos de la sierra. Hace unos años, en Barcelona, al entrar en una tienda a comprar una mochila, entablé conversación con el propietario, sobre mi afición a la montaña, y le comenté que era de Cuenca, de un pueblo que linda con Guadalajara. Para sorpresa mía me habló de que su hermano había estado en la Guerra en aquella zona, y conocía el pueblo de Beteta. Su hermano y él habían sido milicianos de la República, sin embargo, viendo las cosas mal en el lado republicano, se pasó a los nacionales y acabó la guerra en la Legión. Un caso repetido hasta la saciedad, hermanos luchando cada uno en un bando, por eso era una guerra fratricida. La cuestión es que su hermano le había hablado multitud de veces de su paso por la sierra de Cuenca, y por las referencias es indudable que estuvo por las trincheras del Machorro y resto de Belvalle. Decía que nunca había visto un paisaje más espectacular, y recordaba el olor de los pinos y los enjambres de abejas en la primavera, que comentaba podían coger con las manos, e incluso comer miel silvestre. Me emocionó que un miliciano

La Columna Tierra y Libertad en la Sierra de Cuenca

catalán guardase un recuerdo tan vivo de nuestra sierra, y que pese a la dureza de la guerra se emocionase con la belleza de las rochas del Tajo. Me recordó un relato de un soldado estadounidense en Vietnam: en un carta a su familia comentaba la dureza de un combate, pero que se emocionó al ver una flor preciosa en frente de su trinchera, al poco se reanudó la lucha y las bombas destruyeron la flor pero el recuerdo de esa flor siempre permanecerá en la memoria de un «marine» cansado, escribió. Es natural, el ser humano ante la adversidad se agarra a cualquier cosa que pueda hacerle sentir la belleza de la vida y que merece la pena seguir viviendo. Y a veces he pensado que puede que estos anarquistas se olvidasen, al menos momentáneamente, de sus grandes ideas de lucha de clases y la creación de un nuevo orden social igualitario y sin clases. En un tierra como la nuestra, sin grandes diferencias sociales, aunque el hecho fuese que todos eran prácticamente igual de pobres, con poca actividad bélica, por suerte para todos, hizo que el fervor revolucionario de los milicianos anarquistas se frenase y a excepción de la destrucción de la iglesia no hubo represalias irreparables en Masegosa y pocas alteraciones pese a estar en guerra y con el enemigo en frente.

Los personajes.

José Sanz y Díaz: Nació en Peralejos de la Truchas en 1907, estudió Bachillerato con los Padres Escolapios en Molina de Aragón y luego se graduó en la Escuela de Periodismo del diario «El Debate» en Madrid. En 1932 asistió a un curso de Lengua y Literatura francesa en París. Con esto ya podemos ver que aunque habla mucho del Machorro y las rochas del Tajo, no se debió a gastar albarcas guardando ovejas por esos pagos. Luchó como requeté en el Tercio María de Molina y más tarde en el Tercio de Numancia, ambos de la Legión Castellano-Aragonesa. Alcanzó el grado de Teniente.

Acabada la guerra fue funcionario del cuer-

po Técnico del Estado en materia de Prensa y corresponsal en París de la Agencia Prensa Asociada. Publicó unos cuatro mil artículos y cerca de cien libros y folletos. Ganó varios premios literarios y fue miembro de la Academia de Historia, Bellas Artes y Geografía.

Falleció en Madrid en 1988 y fue deseo suyo el ser enterrado en Peralejos.

Cipriano Mera Sanz: Nació en 1896, albañil de profesión, dirigente anarcosindicalista. Al estallar la guerra dirigió las milicias anarquistas del centro en la defensa de Madrid, y en las batallas de Brunete y Guadalajara.

Ascendido a Teniente Coronel en 1938 y mando el IV Cuerpo de Ejército del Centro. Acabada la guerra huyó al Marruecos francés, pero fue detenido y entregado al gobierno franquista. Condenado a muerte en 1942, la pena le fue conmutada. Amnistiado en 1947 se exilió en Francia donde retomó su trabajo de albañil. Falleció en Francia en 1975 sin volver a España.

Es curioso que ambos personajes tuvieran el mismo apellido, y muy común en nuestra comarca, Sanz. Pero aquí acaban todas las semejanzas. El primero como vencedor tuvo reconocimiento, una vida cómoda como alto funcionario del Estado, y la fortuna de disfrutar de la tierra que le vio nacer. El segundo como derrotado sufrió la cárcel el exilio y una vida de penurias en suelo extraño. Y es que hay cosas que no cambian, como la vieja frase de tiempos de los romanos, hace más de 2.000 años: «Vae victis», ¡Ay de los vencidos!

José Manuel Mayordomo Rubio.